

Imágenes para orar con el Ciclo Litúrgico “A”

IV Domingo del Tiempo Ordinario

1Co 1,26-31; Mt 5,1-12



Sermón de la Montaña

Autor: Fra Angelico, siglo XV

Homilía para el Cuarto Domingo del ciclo litúrgico (A)

Lectura: 1 Cor 1,26-31

Autor: P. Heribert Graab S.J.

A veces se necesita una especial sabiduría para entender los criterios,
según los cuales se eligen en la liturgia los textos de las Lecturas.

En todo caso, hoy me falta a mí esta sabiduría,
pues el orden de la Lectura se salta precisamente
un texto clave paulino y, en general, de la teología cristiana:
El texto clave sobre la “palabra de la Cruz”,
que para los judíos es escándalo, locura para los gentiles y
para los elegidos fuerza y sabiduría de Dios.

A consecuencia de este “paso en falso” la Lectura
de hoy se queda un poco colgada en el aire.

La conexión de la argumentación se rompe.

¡Pero fijemos nuestra atención en el texto
que hemos escuchado!

Pablo vuelve en el párrafo siguiente de su epístola
-que escucharemos el domingo próximo-
otra vez a aquel texto clave.

Entonces tampoco nosotros podremos eludir
la escandalosa palabra de la Cruz.

Por consiguiente, hoy se trata de que Dios

—en todo caso en Corinto—

precisamente ha llamado personas a la comunión con Él,

que a los ojos del mundo no valen mucho,

que más bien se consideran “débiles” o “necias”:

* Aquí no hay muchos formados de la elite intelectual de la ciudad.

* Aquí apenas se encuentra un poderoso que tenga peso mediante su
influjo político o por su dinero y riqueza.

* Aquí tampoco está representado nadie del linaje de la nobleza o de
los patricios.

Más bien se reunían en la comunidad personas

casi exclusivamente que tenían que ganar su frugal sustento con el
trabajo de sus propias manos:

Artesanos, pequeños comerciantes y esclavos.

**Y todos ellos eran considerados como “pobres”
y eran prácticamente insignificantes a los ojos
de los “importantes”.**

**Ciertamente el filósofo judío Celso valora este hecho
como demostración de la nadería de la doctrina cristiana.
Pablo, por el contrario, ve en ello un signo de elección por la gracia
divina.**

**Para Pablo, la concreta composición de la comunidad de Corinto
documenta aquella inversión radical de valoración,
que ya es reconocible en la especial inclinación
de Jesús por los “pequeños”.**

**También el Magnificat que sale de la boca de María
alaba la grandeza del Señor:
porque Él ha contemplado la humillación de Su esclava,
porque Él derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes,
porque Él colma de bienes a los hambrientos y a los ricos los despide
vacíos.**

**Todo esto es finalmente regalo, gracia de Dios.
Los sabios de este mundo se glorían de sí mismos.
Pero la fe en Jesucristo significa una radical renuncia a toda
autoestima humana.
Esta autoestima, de la que también nuestro tiempo rebosa, es, a los
ojos de Pablo y como consecuencia
de la fe cristiana, también “necia”.
Hoy nos gloriamos de nuestro bienestar “autocreado”.
Nos gloriamos de los fascinantes avances científicos de nuestro tiempo.
Nos gloriamos del hecho de que parece que todo es técnicamente
factible.
Pero ¿quién se gloría en el Señor?**

**De Werner Bergengruen procede un canon
de mi saber, que expresa aquella realidad que Pablo dice
y que muchos de nosotros hemos olvidado:
“¡Sendas variables, sombras y luz.
Todo es gracia – no temas!”**

**Aún para terminar:
Ya no vivimos en el viejo Corinto.
En verdad, también hay aquí entre nosotros comunidades,**

en las que sobre todo los humildes se sienten como en casa.
Éstas, ciertamente, no acuñan la imagen de una Iglesia
en gran parte burguesa y totalmente acomodada.
Ya en tiempos de San Agustín había cambiado la imagen de muchas
comunidades:

Agustín escribe así:

Posteriormente “también Dios ha elegido grandes oradores.

Pero éstos han caído en la altanería,
como si Él no hubiera elegido antes pescadores.

Él ha elegido también ricos.

Pero éstos habrían dicho que habían sido elegidos
a consecuencia de su riqueza,
si Él antes no hubiera elegido a los pobres.

Después eligió emperadores.

Pero es mejor que el emperador, cuando va a Roma,
llore la memoria del pescador con la corona quitada,
que el pescador llore la memoria del emperador.

¡Ved, como él nos quita la gloria para darnos gloria!

Él toma la nuestra para darnos la suya.”

Agustín (354-430): Interpretación de los Salmos, Salmo 65

Visto así, nos aventaja algo la comunidad de Corinto.

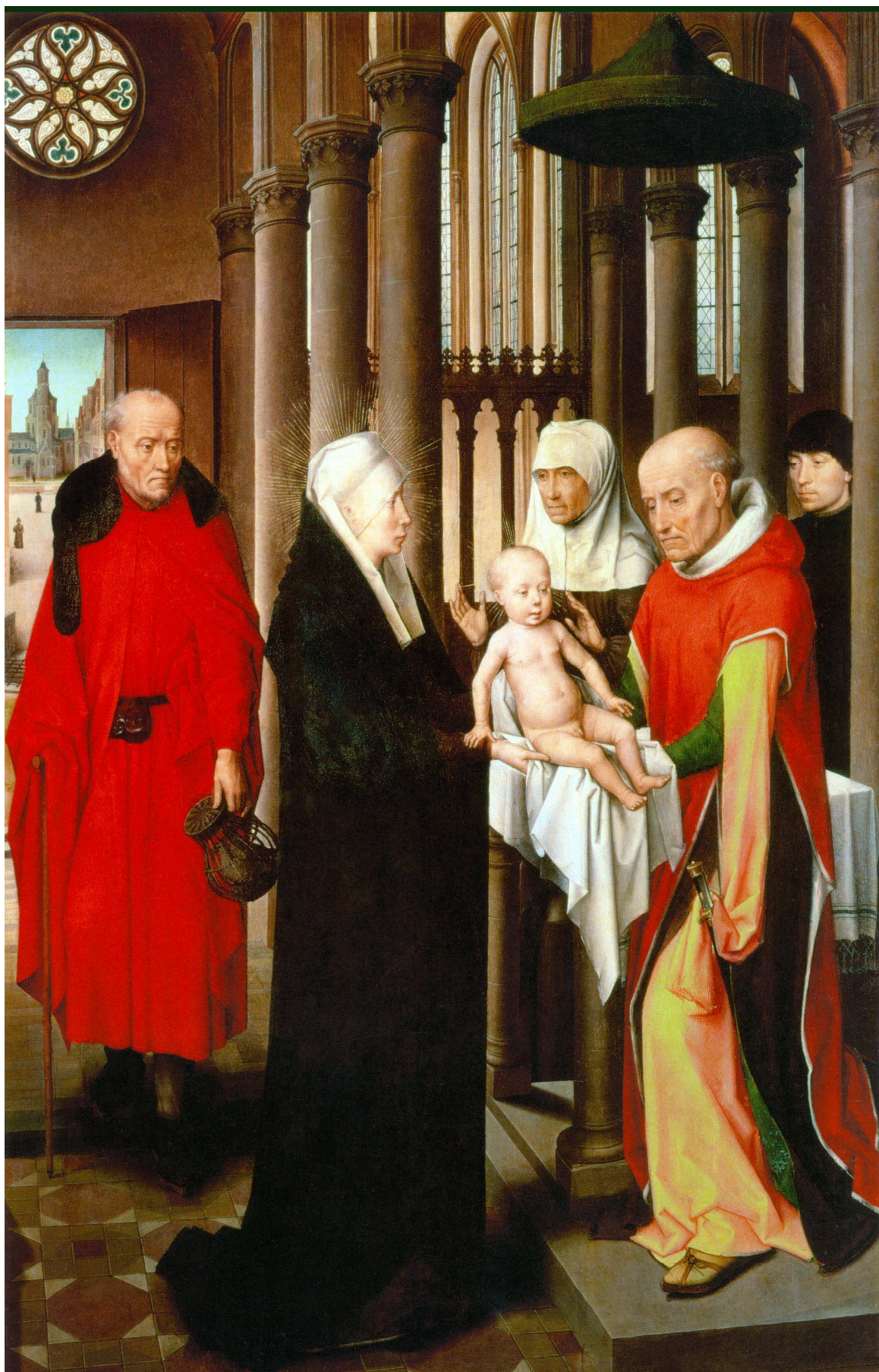
Más aún, como los cristianos de Corinto, nosotros hoy estamos sujetos
a la tentación de gloriarnos de nuestra eficiencia, de nuestra
formación y también de nuestro bienestar.

Por ello, la advertencia de Pablo en el capítulo séptimo de su Carta a
los Corintios, nos vale mucho más a nosotros que a la comunidad de
Corinto, es decir, la advertencia de tener como si no tuviéramos.

Amén.

www.heribert-graab.de

www.vacarparacon-siderar.es



Presentación de Jesús en el Templo

Tercer panel del Tríptico de la Epifanía de Hans Memling, siglo XV

Museo Nacional del Prado

Homilía para la Fiesta de la Presentación del Señor

2 Febrero 2013

Evangelio: Lc 2,22-40

Autor: P. Heribert Graab S.J.

La fiesta que celebramos hoy es una de las más antiguas de la Cristiandad y en verdad una de las fiestas bíblicamente bien fundamentadas.

El Evangelio habla de varios aspectos del acontecimiento.

Esto condujo a diferenciar en la historia de la fiesta distintos acentos:

En épocas muy tempranas ya fue celebrado este día en Oriente y Occidente con una procesión con cirios encendidos.

Esto naturalmente hacía referencia a la alabanza festiva del anciano Simeón, que dio gritos de total alegría al ver al Niño divino por la luz que en Él aparecía para todos los pueblos.

En Occidente cada vez se situó más en primer plano que los padres de Jesús se colocaban bajo la Ley de la Antigua Alianza y presentaron en el Templo una ofrenda de purificación para la ‘purificación’ cúltica de la Madre después del Nacimiento.

Por eso esta fiesta se denominó la “Purificación de María”.

La unión con la tradicional procesión de los cirios condujo a la denominación de “la Candelaria”.

Esta idea de fiesta llegó hasta nuestros días.

Con la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, el dos de febrero retomó el carácter de Fiesta del Señor: “Presentación del Señor”.

Pero, la idea más antigua de esta fiesta se refleja en el nombre de “Encuentro del Señor”.

Bajo este nombre fue celebrado este día desde el principio y también hoy en las Iglesias de Oriente: ¡Encuentro del Señor!

Con este fin un par de ideas:

A primera vista el Señor se encuentra hoy con dos personas
ancianas:

Con el “anciano Simeón” que espera su muerte
y con Ana, la de “edad avanzada”,
una “viuda de ochenta y cuatro años”.

Para las personas mayores, como yo mismo soy,
esto es con seguridad un motivo para la alegría.

Al comienzo de Su vida, el Dios Encarnado se encuentra,
en primer lugar, con los pastores pobres
que, según la valoración de este mundo están muy abajo, y después
estos dos ancianos que hoy, en todo caso, cuentan como grupos
marginales sociales.

Con ello el Evangelio muestra ya al principio las prioridades de
Jesús:

Él se sabe enviado para traer un alegre mensaje a los pobres y curar
a todos los que tienen el corazón roto.

(Is 61,1; Lc 4,18 s).

Pero, la fiesta de hoy tiene otro y fundamental encuentro en el
sentido de que el ‘justo’ Simeón y
la profetisa Ana son entendidos como representantes del antiguo
pueblo de Israel;

ellos representan a todo Israel, que Dios ha elegido como Su pueblo
y al que se ha mantenido fiel a lo largo de toda la historia.

A este pueblo de la Alianza, al que Dios se sabe unido en amor,
encuentra antes que a todos los demás en Su Encarnación.

En consecuencia se podría hablar de un encuentro entre ambos
Testamentos.

Por tanto, no se trata sólo de una rivalidad insalvable
entre Israel, el pueblo del primer Testamento, y la Iglesia, en la que
mediante Jesucristo los seres humanos de todos los pueblos son
conducidos hacia el Dios de Israel.

Más bien se trata de un encuentro feliz y encantador.

Simeón y Ana con otros muchos de Israel han esperado a lo largo de
una vida de total nostalgia la plenitud de las promesas de Dios,
en el Mesías de Dios que salvaría Jerusalem.

Y ahora Simeón puede exclamar lleno de alegría:

“Mis ojos han visto la salvación
que Tú, Dios, has preparado ante todos los pueblos.”

La realización de la promesa de Dios va más allá de lo esperado:
En Jesucristo se hace todo nuevo.
Se hace también nueva la Alianza de Dios con Israel.
Pero esta Nueva Alianza se abre a todos los seres humanos, a todos los pueblos.
Lo que Isaías ya ansiaba se hace realidad:
La salvación de Dios es un regalo para Israel y,
de igual modo, también para los pueblos paganos.
Así puede decir el anciano Simeón en su alabanza a Dios:
“La luz, que ilumina a los pueblos,
significa la gloria para Israel.”
¡Esto celebramos hoy!

Por tanto, en este día tendría que avergonzarnos profundamente como cristianos,
que hayamos difamado y perseguido a través de los siglos al pueblo judío.
Con ello hemos arrastrado al Dios fiel a la infidelidad.
Con ello también nos hemos vuelto contra Jesucristo.
Pues Él es no sólo un judío;
Él personifica totalmente hasta el final de Su vida la voluntad de salvación de Dios para todo Israel.
Su misión, reunir a este pueblo de Dios, hubiera tenido validez para Él aunque muchos representantes del pueblo se pusieran en contra Suya.

Si hoy cristianos y judíos se dirigiesen unos a otros y si – a pesar de la desafortunada historia e incluso del holocausto – como mínimo de forma individual en ambas partes se hiciese el camino de vivir mutuamente como hermanas y hermanos,
entonces la voluntad de Dios y también el mensaje de Jesucristo tendría una posibilidad de llegar verdaderamente a este mundo.

Cuanto más avancemos por este camino de hermandad como individuos y como sociedad
tanto más puede convertirse la “Fiesta del Encuentro” en una verdadera fiesta de alegría.

Amén.